

**PASTOR'S CORNER:**

This is part three of a five part series on the subject of Immigration from the joint pastoral letter authored by the Catholic Bishops of Mexico and the United States entitled, "Strangers No Longer: Together on the Journey of Hope". This week, we look at the document's third principle: Sovereign nations have the right to control their borders. The Church recognizes the right of sovereign nations to control their territories but rejects such control when it is exerted merely for the purpose of acquiring additional wealth. More powerful economic nations, which have the ability to protect and feed their residents, have a stronger obligation to accommodate migration flows. As mentioned in an earlier column, it is important to focus on what is primary: the dignity of the human person and, by extension, the dignity of the human family. This understanding must always be kept in the forefront of the discussion on immigration because if it does not, the conversation will devolve into politics and become counterproductive. To be fair, this document was written in 2003 when globalization was undoubtedly on the horizon and the expectation of free flowing immigration from country to country seemed to be the way of the future. Now, however, many of the promises and expectations of globalization have been thrown into flux with the rise of economic populism, nationalism, and the reality of global terrorism. Given this new reality, we need to find a way that recaptures the spirit of the letter, but that always understands the importance of borders and that they are necessary for a society to function in a healthy way. That being said, greed cannot be a sufficient reason for preventing immigration to take place, and this may often times be the case. This may be very challenging for some, but as disciples of Jesus, we cannot simply pay lip service to upholding human dignity and respect for life; we need to respect all life, over and above economic security and national pride.

Your brother in Christ,

Fr. Ch. Doney

PALABRAS DEL PASTOR:

Esta es la tercera parte de una serie de cinco partes sobre el tema de la inmigración de la carta pastoral de los obispos católicos de México y los Estados Unidos titulada "Juntos en el camino de la esperanza: Ya no somos extranjeros". Esta semana, observamos el tercer principio del documento: Las naciones soberanas tienen el derecho de controlar sus fronteras. La Iglesia reconoce el derecho de las naciones soberanas de controlar sus territorios, pero rechaza ese control cuando se ejerce sólo con el fin de adquirir riqueza adicional. Las Naciones más poderosas económicamente, que tienen la capacidad de proteger y alimentar a sus residentes, tienen una obligación más fuerte de acomodar flujos migratorios. Como se mencionó en una columna anterior, es importante centrarse en lo que es fundamental: la dignidad de la persona humana y, por extensión, la dignidad de la familia humana. Esta comprensión debe ser primordial en la discusión sobre la inmigración porque si no la es, la conversación pasara a ser política y a ser contraproducente. Para ser justos, este documento fue escrito en el 2003 cuando la globalización, sin duda, estaba en el horizonte y las expectativas del flujo libre de inmigración de país a país parecían ser el camino del futuro. Ahora, sin embargo, muchas de las promesas y expectativas de la globalización han sido arrojadas al cambio continuo con el aumento del populismo económico, nacionalismo, y la realidad del terrorismo global. Dada esta nueva realidad, necesitamos encontrar un camino que recupere el espíritu de la carta, pero que siempre comprenda la importancia de las fronteras y que son necesarias para que una sociedad funcione de una manera saludable. Dicho esto, la avaricia no puede ser una razón suficiente para prevenir que tome lugar la inmigración, y esto puede muchas veces ser el caso. Esto puede ser un desafío para algunos, pero como discípulos de Jesús, no podemos aparentar defender la dignidad humana y respeto a la vida, tenemos que respetar toda la vida, más allá de la seguridad económica y orgullo nacional.

Su hermano en Cristo,

Fr. Ch. Doney

